

cía hasta un momento antes la imagen de Poyanne.

¿Por qué el recuerdo de Raimundo Casal vino á deslizarse entonces en su mente? ¿A qué idea respondía ella, diciendo en voz alta antes de llamar á su doncella:

—¿Es que no amo ya á Enrique?

IV

Los sentimientos de un vividor.

Mientras Julieta se acostaba haciéndose tal pregunta, y mientras Poyanne se dirigía á pie hacia su domicilio de la calle de Martignac, cerca de la iglesia de Santa Clotilde, acusándose de no saber agradar á su amiga, ¿qué hacía Raimundo Casal, aquel hombre cuya aparición súbita entre los dos amantes constituía el más temible peligro para la ventura del uno y para las laxitudes morales de la otra?

Había salido del hotel de Candale persuadido de que agradó á la señora de Tillières, y bien pronto, para que no le lisonjeara tal impresión; pero su primer movimiento cuando se vió en la acera de la calle de Tilsitt, bien envuelto en su abrigo de noche y aspirando reciamente el aire fresco, no fué, por cierto, pensar en el delicado perfil de la joven viuda.

¡Sólo más tarde habría de conocer la profundidad del abismo en cuyo borde había tocado!

¿Pero quién se conoce por completo? ¿Quién puede decir que mañana estará alegre ó triste?

Casal, harto de sensualidad satisfecha, con amistades escogidas y doscientas cincuenta mil libras de renta, debía creerse, y se creía, al abrigo de toda sorpresa novelesca.

Su alegre risa de niño, aquella risa que revelaba algunas de sus cualidades agradables, habría respondido á cualquiera que le hubiese manifestado que precisamente su mismo hastío, sus mismas satisfacciones agotadas le hacían á propósito para una crisis sentimental.

Pero él no conocía á mujeres de la especie de la señora de Tillières: esta era tan peligrosa para él, como él lo era para ella; mas con la diferencia de que la viuda era capaz de más profundo, más mortal amor, y la pasión de Casal tenía más probabilidades de no ser sino un capricho, gozando del amor por la intensidad del deseo.

¡No se tiene impunemente en la sangre y en la médula diez y ocho años de libertinaje!

Pero aspirando á plenos pulmones el aire de la noche, cuando él bajaba á lo largo de los Campos Elíseos con su pesado pie de maestro de esgrima, en lo que menos pensaba era en aquel capricho; y si la imagen de Julieta se le aparecía, estaba envuelta en un laberinto de pensamientos.

—¡Excelente noche!—se decía Casal.—Si la primavera continúa así, las carreras serán hermosas este año... ¡Y la comida no era mala! ¡Se empieza á saber comer en buena sociedad! Y á nosotros se debe eso, porque si no hubiéramos dicho la verdad, media docena de amigos y de veces, á Candale y otros como él, sobre su cocinero y su cueva, ¿dónde estarían ellos aún?... Lo que conviene es encontrar el medio de emplear estas dos horas, de diez á doce... ¡Debíamos crear un club nada más que para esas horas!... Por la mañana, el sueño, el tocador, el caballo; después del almuerzo siempre hay que cumplir algunos asuntillos; por la tarde, de dos á seis, el amor... y cuando no hay amor, la pelota ó las armas; de cinco á siete, el *poker*; de ocho á diez de la noche, la comida; desde la doce hasta la madrugada el juego y la crápula... De diez á doce hay teatro; ¿pero cuántas piezas por año valen la pena de ser vistas dos veces?...

Esta idea del teatro llevó su pensamiento hacia una linda actriz del Vandeville, la Cristina Auroux, su amante, más ó menos interina, hacía seis meses.

—¡Toma!—pensó.—¡Si fuese á ver á Cristina! Mas pronto desechó este propósito y concluyó: —¡No, á fe mía! ¡No iré! Lo mejor será pasar por el Círculo...

Pero se presentaron á su imaginación los salones del juego, desiertos en aquellas horas, y el

ambiente cargado del nauseabundo olor del tabaco y de los caloríferos, y se dijo:

—¡Eso es demasiado fúnebre! ¿Qué haré? ¿Ir á la Opera? ¿Oír por vez milésima el acto cuarto del *Roberto*? ¡No, no y no!... Decididamente lo que me hace falta á esta hora es una *burguesa*, una viuda ó *separada* que apenas salga de su casa, y á quien yo consolaré visitándola...

Este singular monólogo llevóle hasta pensar de nuevo en su vecina, y se dijo:

—¡Por mi fe, que me conviene altamente la señora de Tillières! ¿Con quién *estará*?...

La fórmula era irreverente y ponía fin á una serie de ideas que habrían parecido groseramente positivistas y cínicas á cualquiera, aunque fuese menos sincero que Poyanne.

Mas un germen de sentimiento palpitaba debajo de tal fórmula: si Casal no hubiese experimentado de una manera inconsciente el encanto delicadísimo que emanaba de Julieta, como un perfume imperceptible que se exhala de una flor oculta en el rincón más apartado de una sala, no habría experimentado la sensación de repugnancia que le produjo el recuerdo de la vulgaridad de Cristina Auroux, el del teatro y el del club.

¿Por qué? Por pensar más hondamente en la joven cuya imagen, surgiendo por manera súbita, borró en un segundo aquellas fantasías de teatro y de club.

La delicada silueta de la viuda se dibujó en el campo de su visión interior con una claridad prodigiosa: Casal volvió á ver el busto de Julieta en toda la plenitud de su esbeltez y gracia, sus torneados hombros, su corpiño negro con lazos rosa, el zafiro sombrío de sus ojos, el brillo nacarado de sus dientes, el hoyuelo de su sonrisa, sus manos nerviosas... todo el comedor, en suma, con la tapicería del duque de Alba, con los semblantes pálidos ó enrojecidos de los comensales.

¡Si la señora de Tillières hubiese estado allí presente, en persona, no habría distinguido él sus facciones con precisión tan exacta!

Y esta evocación tuvo por resultado que su razonamiento medio irónico acerca del empleo de las noches cedió el puesto inmediatamente á una impresión brutal, pero franca: el deseo voluptuoso de poseer aquella linda criatura que su instinto le presentaba llena de pasión bajo apariencias de casta reserva.

—¡Sí!—prosiguió.—¿Con quién *estará*? ¡Porque es imposible que no tenga amante!

Y en seguida, ayudándole la memoria moral á interpretar la memoria física, añadió:

—¡Lo mismo me da! Ella me ha mirado con ojos muy singulares, después de aparentar que no se fijaba en mí... ¡Ah! Esa comida debía de estar combinada con la señora de Candale, porque las dos son íntimas amigas; luego ella es quien ha

querido conocerme... ¿Qué significa tal curiosidad? ¿Ha oído hablar de mí por otra mujer? ¿Quizá por su amante? Después de todo, ¿y si no tiene amante y se fastidia soberanamente en un rincón de su casa? Porque se la ve poco y debe de vivir muy retirada. ¿Si yo comenzase á hacerla la corte? ¡Porque nada tengo que hacer en esta primavera!... Pero ¿dónde encontrarla? Habiendo comido á su lado, puedo ir á visitarla en vez de remitirla mi tarjeta...

Y satisfecho de esta idea, lanzó sonora carcajada por espacio de un minuto.

—¡Eso es!—prosiguió.—Pero conviene que vaya mañana mismo. ¿Qué ocupación tengo para mañana? Ir temprano al *Bois* con Candale. ¡Bueno! ¡Él me dará informes! Luego almorzar con Cristina... pero á ese almuerzo puedo faltar, porque ¡tantas veces he almorzado con ella!... Dejo á Cristina, y á eso de las dos iré á casa de la linda viudita... ¡Está bien! Ahora á acostarme, porque hace ya una semana que no me acuesto antes de las cuatro de la madrugada. ¡Descansemos... para estar en forma!

Y formada tan prudente resolución, torció por la calle Boissy-d'Anglas, sin detenerse en el Imperial ni en el Círculo, y se dirigió hacia la calle de Lisbonne, donde habitaba en un hotel heredado de su padre y perfectamente dispuesto como para vivir en familia.

La verdad es que detrás de ciertas obstinaciones de los hombres de crápula, ó que se citan como tales, hay un gran fondo de higiene, y los que sobreviven, como Casal, á una existencia desordenada, tienen el poder de vigilarse á través de una vida de continuado descarrilamiento...

Maquiavelo decía: «¡El mundo es de las almas frías!» y el *demi-monde* también, aunque este aforismo parezca algo hiperbólico.

Cuando Raimundo Casal se levantó, en la mañana siguiente, para entrar en su cuarto de baño y en su tocador, estaba ya maravillosamente dispuesto, y entonado por el más tranquilo de los sueños.

*
* *

Boscard trotaba á la entrada del Bosque de Bolognia, cuyo macizo de verde musgo, como salpicado por un polvo dorado, estaba admirablemente lindo en aquella fresca mañana de principios de primavera.

Si el caballo no tenía *mucho fondo*, como se dice en la jerga hipica, era de fino aspecto, dulce y sereno, y el hecho de que Casal lo hubiese escogido para aquel paseo demostraba las cualidades pacíficas del corcel.

Si era natural que un día ú otro Casal fuese presentado á la señora de Tillières, no lo era me-

nos que en aquella hora encontrase en el bosque, no sólo á Candale, con quien tenía cita, sino á Mosé, Proсны y la señora de Arcole; y también lo era que estas personas hubiesen observado la víspera las distracciones de la marquesa, después de la marcha repentina del joven, y que las comentasen entonces alegremente.

Primero, en efecto, encontró á Proсны, galopando en una avenida transversal, quien le gritó sin parar su soberbio caballo negro.

—¡Descontenta, muy descontenta aquella linda señora, después de tu partidá!

Luego, á la vuelta de una calle, Mosé detuvo al jinete con un saludo poco marcado; iba á pie, según su costumbre, luchando contra una precoz diabetes y practicando la higiene de la marcha con esa energía de voluntad que continúa siendo el rasgo más característico de la raza judía, como lo es de los yankees.

Mosé, antes enemistado y luego reconciliado con Casal, aprovechó la ocasión que se le presentaba para prestarle el servicio de un aviso poco grato.

—¿Cómo nos dejasteis—le dijo—tan pronto?

—Un amigo me esperaba en el Círculo—respondió Casal, porque la penetrante mirada de Mosé, molestándole algo, le determinó á mentir.

—¡Es claro! ¡Y llevasteis con vos toda la atención de aquellas señoras! La de Candale y su hermana se pusieron á charlar en un rincón, y la se-

ñora de Tillières, después de vuestra marcha, ¡cerol!...

Un cuarto de hora más tarde, cuando Casal meditaba todavía en aquellas noticias, se cruzó en la avenida con la señora de Arcole, que guiaba sus dos lindas *ponnettes* blancas, y haciendo señal de alto, con la punta de su delgada fusta, le dijo:

—¿Qué os parece la amiguita de mi hermana? Ideal, ¿no es verdad? ¡Y la dejasteis, desventurado, para ir... sabe Dios dónde!

Y tirando del *pull up* á sus ligeras hacaneas, que partieron rápidamente, expresó con su sonrisa y con sus miradas este significativo lenguaje: «¡Si no fueseis imbécil, Sr. Casal, haríais la corte á vuestra vecina de anoche y triunfaríais!»

Este consejo no era digno de mujer honrada, hermana de otra honrada mujer; pero la duquesa de Arcole, por instinto, no estimaba gran cosa á Julieta, por encontrarla siempre entre ella y la señora de Candale, su hermana única, á quien adoraba.

Y, finalmente, el gordo Candale, cuando se encontró con Casal y ambos cabalgaron *côte à côte*, para acabar de demostrar á su amigo que no le había engañado su fino olfato de libertino, le dijo con su risa pesada, que hacía traición á su fondo de origen alemán:

—¡A fe mía, que no marchó ayer mal el asunto! Esa viudita es muy astuta... y la señora Bernard

pretende que el difunto Tillières se hizo matar por el fastidio de haberse casado con ella... ¡Tengo miedo por ti!... Pero tu eres perfecto... y ella aparentaba un aire tan enojado cuando saliste...

—¿Y quién es?—interrogó Casal.

—¿Cómo que quién es? La viuda de Tillières, ayudante de campo del general Douay.

—No te pregunto eso, sino quién es... como carácter.

—¡Ah! Pues lo mejor del mundo: vive con su madre anciana en una casa triste como un sepulcro, y..., en fin, es del género de mi mujer... ¡Ya ves!

Todo el talento de Candale consistía en dirigir miserables epigramas contra aquella criatura distinguida, á la que no perdonaba siquiera los grandes beneficios que de ella recibía, ni la fortuna abandonada á todos sus caprichos, ni el ultraje de la traición que sin cesar la arrojaba al rostro.

Y añadió, después de aquel epigrama:

—¿Te agrada? ¿Te casarías con ella?

Esta última pregunta bastó para que Casal se abstuviese de dirigirle la que ya tenía en la punta de la lengua acerca del domicilio de la joven viuda.

—¡No dejaría de ir á contárselo en seguida á su querida Bernard!—pensó.—Además, ya encontraré en un *Anuario* las señas de la casa.

Sentíase ya con tanta impaciencia, que abrevió su paseo, regresó á su hotel con una agitación no

acostumbrada en él, y su primer cuidado fué registrar uno de esos pretendidos *libros de oro* denominados *Anuarios*, donde los vanidosos burgueses hacen inscribir su nombre previo el pago de la suscripción, al lado de los grandes señores y de los millonarios, como si fuesen miembros auténticos del *high life*.

Pero el nombre de la señora de Tillières no figuraba en aquel libro.

—Y, sin embargo—se dijo Casal—no puedo interrogar á ninguna de las personas que estuvieron en la comida, porque despertaría su atención...

Decidióse por enviar su ayuda de cámara al portero de la condesa de Candale, para que se enterase.

—¡Este es el verdadero medio!—exclamó.

Pero al mismo tiempo encargó de otras comisiones perfectamente inútiles á su mensajero (pequeño detalle que demuestra cuán hondamente estaba grabada la imagen de la señora de Tillières en el pensamiento del joven), y le dijo como desdeñosamente:

—Y como pasáis cerca del hotel de Candale, entrad en la portería y preguntad dónde habita la marquesa de Tillières. ¿Olvidaréis este nombre?

Merced á semejante astucia de adolescente, que habría divertido mucho á sus compañeros de libertinaje si la hubiesen conocido, á las dos de la tarde llamaba en la puerta de aquella casa de la calle

Matignón en que Gabriela de Candale se hubo refugiado el día precedente.

¡El accidente del carruaje producía ya consecuencias!

El portero le contestó que la señora de Tillières estaba en casa, y como Julieta no se negaba nunca, por lo mismo que se trataba con pocas personas, esta facilidad de acceso acabó de encantar á Casal.

—¡No tiene nada que tapar!—pensaba el joven, llamando poco después á la puerta vidriera de las cortinillas rojas.

Y mientras el ayuda de cámara le guiaba por el salón principal hasta el gabinete interior, testigo la noche antes de la violenta diatriba que contra él lanzara el conde de Poyanne, añadió en voz baja:

—¡Si estuviera sola!

Cuando él entró, la señora de Tillières aparecía tendida, más que sentada, en una *chaise-longue*, como si estuviese enferma, vestida con una preciosa *deshabillée* de encaje blanco que realizaba más su belleza, y cerca de ella, en un silloncito bajo, estaba sentado y hablando en voz baja el caballero d'Avançon.

Casal y el antiguo diplomático eran compañeros del Círculo, donde el último iba con frecuencia á exhibir su rostro de viejo verde y á husmear los escándalos más recientes. ¡A los cincuenta y seis años que tenía, d'Avançon era tan amigo de mujeres como á los veinte!

Y el primer pensamiento de Casal, en viéndole, fué enviar al diablo á aquel *asiduo* de la señora de Tillières, sin dudar de que la joven apreciaba sobre todo su abnegación jamás desmentida por la anciana señora de Nançay.

—¡He aquí una cuña! —se dijo.—¡Ya conozco á este hombre cargante!... ¡Está hecho á prueba de balas!... Vamos, visita perdida...

—¿Casal aquí? —se decía d'Avançon.—¡Oh, oh!, me encargo de llamarle al orden.

Y estrechando la mano del recién llegado, su sorpresa era tan grande, que no pudo menos de manifestarla en alta voz, diciendo:

—¡Cómo, querida amiga! ¿Conocíais á este bribón y me lo habéis ocultado?

—He tenido el honor de ser presentado á la señora de Tillières en casa de la señora de Candale —respondió Casal, para que le comprendiese aquella á quien se dirigía d'Avançon.

Porque acababa de leer en el semblante de Julieta que ésta, en más de un minuto, encontraríase incapaz de contestarle. ¡Tan fuerte había sido la sorpresa producida por su aparición inesperada!

Esta evidencia compensó de repente la viva contrariedad que le había ocasionado la presencia de aquel hombre que le estorbaba, porque tal turbación y tan súbita (Julieta se había ruborizado hasta la raíz de sus cenicientos cabellos) era un síntoma verdaderamente extraordinario en una

mujer de la buena sociedad, en que el dominio constante de sí mismo es virtud profesional, como el valor en los militares.

¿Vivirían ellas si no se habituasen á ocultar siempre sus sensaciones, más espiadas por la malignidad que las de un acusado por el juez que le interroga?

Pero Julieta había pasado, desde la víspera, muchas horas de anhelante reflexión, para que sus nervios excitados tuviesen en aquel momento la energía suficiente al servicio de la voluntad.

Después de haberse respondido ella tan pronto un ¡no le amo!, como un ¡no nos amamos!, á su propia pregunta sobre Poyanne, había rodado hasta el fondo de un abismo de infinita tristeza.

En la noche anterior, mientras Casal dormía con bienaventurado sueño de niño, y Poyanne se desvelaba por el mal humor que sentía, Julieta había derramado amargas lágrimas en la almohada de su lecho, aquel lecho testigo de sus inocentes, felices ilusiones de muchacha; ¿pero por qué á través de sus lágrimas y del fondo de su desesperación interna veía sin cesar la imagen del joven, que tal vez estaría muy lejos de pensar en su vecina de mesa?

¡Ella, por lo menos, así lo creía!

¿Y por qué en el sueño pesado que la cerró los ojos hacia la madrugada veía también la misma imagen de aquel hombre?

Es cierto que si nuestros ensueños no predicen el porvenir, su significación no es despreciable para el moralista ni para el médico, que encuentran en ellos notables enseñanzas acerca de las partes inconscientes de nuestro sér, y así lo demuestran hechos científicamente comprobados; un joven sueña que ha sido mordido en una pierna, y en la misma pierna se declara, días después, un absceso. ¡La naturaleza animal de dicho joven se sintió herida antes que ninguna huella exterior revelase la herida!

Igualmente era menester que Raimundo Casal hubiese producido en Julieta una impresión muy viva para que el recuerdo de este hombre se mezclase en todos sus pensamientos desde que ella salió del hotel de Candale.

¿Pero qué frases tan delicadas no habría empleado un varón eclesiástico, el noble Lacordaire, por ejemplo, para explicar á una mujer como Julieta el carácter verdadero de aquella imposición? ¿Hubiera admitido que Casal, el libertino famoso, el vividor auténtico, habría despertado en ella, sólo con su presencia, un obscuro y vulgar estremecimiento de deseo y de voluptuosidad?

Pero justamente hacía varios años que la señora de Tillières no se confesaba; de su pristina piedad solamente le quedaba un remordimiento siempre ahogado y la esperanza invencible en la bondad de Dios...

Además, no tenía una persona que la guiara y sostuviera en las horas del peligro. ¡Sólo su reflexión solitaria, su voluntad de rebajarse á sus propios ojos!

—Yo le ocultaré—se había dicho en aquella noche de insomnio, pensando en Poyanne—que no le amo con verdadero amor, porque él tampoco me ama como antes... Pero con el afecto de la amistad, con la estimación se puede vivir todavía, y vivir vida contenta si no feliz...

Y en seguida había orado, como continuaba haciéndolo por mañana y noche, con fervor piadoso, aunque supiera que, separada de los sacramentos, estaba fuera de la Iglesia, y había conseguido una tranquilidad serena, de la cual gozaba con dulzura escuchando la palabrería de Avançon, cuando la entrada de Casal la sorprendió con un aturdimiento tan violentísimo, que ni pudo ocultar ni vencer.

Sentóse con ademán gracioso, en vez de continuar echada, arrojando sobre sus pies la cola de su larga bata, y respondió á Casal, quien la preguntó si se sentía enferma, en sentándose cerca de ella.

—Sí, he tenido esta mañana fuerte jaqueca... Creí que me aliviaría por la tarde, y veo que, por el contrario, aumenta...

Y tomó, hablando así, un frasquito de sales, y le aspiró lentamente, como si quisiese decir á la

visita: Ya véis, caballero, que no debéis estar aquí mucho tiempo.

Pero ¿qué importaba á Casal la frialdad de aquel recibimiento, ni el mal humor de Avançon, que se había colocado ante la chimenea, de pie, y afirmaba en la nariz su lente de présbita fingiendo que examinaba con atención una revista ilustrada?

¡Casal acababa de sorprender la prueba más indiscutible de que interesaba á la viuda hasta emocionarla; más aun: hasta el temor!

Quizás si hubiese encontrado en aquel saloncito de la calle Martignón una mujer alegre y sonriente, dispuesta á salir y á conversar de la última pieza de la Comedia francesa, del próximo concurso hípico, del más reciente escándalo de la buena sociedad, habría suspirado mentalmente:

—¡Todas son iguales! ¡No vale la pena de que yo abandone á Cristina!

Pero la atmósfera de reclusión que envolvía á la señora de Tillières y el enigma del carácter de esta mujer se unían para impulsarle á seguir adelante su capricho de vividor.

Julietta comenzó una de esas conversaciones sin objeto determinado, que serían muy vanas si no tuvieran el fin de disfrazar pensamientos, que no podrían expresarse sin hacer imposibles ciertas relaciones á la vez forzosas y demasiado delicadas.

—¡Qué linda estaba anoche—dijo—la señora de Arcole!

—¡Muy linda!—respondió Casal.—Y como lo blanco la sienta bien...

—Era su revancha del otro día—interrumpió d'Avançon, cerrando el periódico y quitándose los quevedos, que guardó cuidadosamente en un estuche.—¿Recordáis, querida amiga, qué pálida y ajada estaba cuando la encontramos en la Exposición de la calle de Séze?... Y á propósito, ¿cuándo queréis ver la tapicería de que hablábamos antes?

—¡Vaya un estúpido!—pensaba Casal, mientras el diplomático describía la tapicería.—Tómate el trabajo que quieras para hacerme conocer que estoy de más aquí, y que eres el íntimo de la casa; pero te prometo que volveré... Cuanto á vos, señora, tened entendido que considero como una comedia vuestra jaqueca y vuestra atención á ese necio; juro que estáis lindísima con vuestro ademán de colocar los dedos en las sienes, como si en realidad tuvieseis jaqueca, mucha jaqueca...

Y, sin embargo de este monólogo mental, el joven decía algunas palabras á menudo, demostrando, como el día anterior, en la conversación de la comida, esta cualidad dominante de su talento: la precisión en las contestaciones.

—¿Sois también coleccionista, señor Casal?—le preguntó la señora de Tillières.

—¿Yo?—contestó él riendo.—¡De nada, absolutamente de nada! Pero he tenido amigos que lo eran, y los he escuchado con atención...

—¿El coleccionista?—interrumpió d'Avançon.—
¡Cómo se ve, querida amiga, que no le conocéis
sino desde anoche!

Y prosiguiendo con ironía que revelaba su cólera
contra la presencia de Casal, extraña cólera tan
frecuente en los hombres de cincuenta años que no
quieren decir que están celosos de una amiga, y
que lo están, sin embargo, continuó así:

—No, no sabéis que los jóvenes de hoy son in-
capaces de ocuparse en nada, sino en el *chic* y en
el *sport*... Este, como veis, es inteligente... Le co-
nocí en el Círculo, justamente cuando yo iba á
marchar á Florencia con mi delicada misión... ¡y
si pudieseis verle, como yo, hablar allí con sus
amigos!... «¿Ganará *Farnel* ó *Livarot* en las carre-
ras de Anteuil? ¿Qué *champagne* tenéis en la comi-
da? ¡Machault ha tirado al sable con Werekiew,
y han hecho los dos igual juego! ¿Dónde está la
banca esta noche? ¿Y el puente...?» ¡Ni una palabra
más, señora, se le hace hablar de otros asuntos!

Mientras el diplomático soltaba esa tirada con
acento cómico, Julieta no cesaba de dirigir miradas
de inquietud á Casal; pero éste se encontraba muy
ocupado en analizar la fisonomía encantadora de la
joven para notar en aquellas miradas un temor ins-
tintivo.

¿Qué mejor ocasión para dar una prueba de tac-
to exquisito, no considerándose como ofendido por
aquellas ásperas apreciaciones?

Y así, riéndose con risa muy alegre, dijo:

—¡Qué malo es! ¡Qué malo!

Y se levantó para despedirse.

Mas antes, dando una palmada en el hombro del
viejo verde, con una familiaridad que era la más
graciosa y más dura respuesta, porque trataba al
predicador como á un niño, dijo:

—¡Vamos! Haced el favor de no hablar mal de
mí á la señora de Tillières cuando yo no esté delan-
te... Y vos, señora, no le creáis.

Y cinco minutos después, dirigiéndose á pie ha-
cía los Campos Elíseos, Casal encogía los hombros
y se decía:

—¿Cómo volver á verla, y pronto?

Reflexionó un minuto, y dijo resueltamente:

—¡No tengo más remedio que ir á casa de la se-
ñora de Candale!

*
**

—Habéis sido poco amable con el Sr. Casal—
decía en aquel momento Julieta á d'Avançon.—
¿Qué tenéis contra él?

—¿Yo?—respondió el diplomático algo confu-
so.—Absolutamente nada... Es que vividores de
esa clase no me son simpáticos... Pero me parece
que sufrís...

—Es verdad—contestó la señora de Tillières
volviendo á recostarse en la *chaise-longue* y ce-

rando los ojos—tendré que acostarme... y necesito asistir á la comida, porque me acompañarán mi prima de Nançay y Poyanne.

¡Mentía! Porque su rubia cabeza no estaba más dolorida que antes, sino que veía á su fiel d'Avançon dispuesto á continuar el discurso, y no quería oír de nuevo frases duras contra Casal.

El viejo verde la miró algunos momentos como titubeando, sin atreverse á decirle esta frase, que le subía del corazón á los labios: «¡Desconfiad de ese hombre!»

En vez de esto lanzó un suspiro y dijo sencillamente:

—Vaya, adiós, señora... Volveré mañana para saber cómo seguís.

Julieta, dulce y delicada mujer, sentía inmensa pena al comprender que Casal no era estimado de sus mejores amigos, porque durante la comida, preguntándola su madre delante de Poyanne acerca de las visitas que había tenido en la tarde, pronunció la joven el nombre d'Avançon sin mencionar al otro.

Y también era menester que ese otro ocupase plenamente su imaginación, cuando ella permaneció como insensible ante la despedida del conde de Poyanne.

Este había llegado un cuarto de hora antes de la comida para hablar con su querida en íntimo *tête à tête*.

—Decididamente marchó mañana—la dijo—y quizá estaré ausente seis semanas...

—Espero—le contestó ella—que haréis triunfar á vuestros candidatos.

Y nada más; ni siquiera encontró una palabra de consuelo para aquel hombre infortunado.

¡Ah! ¡Cuánto más amarga habría sido para el conde aquella súbita marcha, si él hubiese adivinado que su querida, su única amiga, aquella mujer que amaba tan profundamente, le abandonaba por un vividor!

V

Primera falta.

Casal, pensando en la señora de Candale como en un auxiliar poderoso para su proyecto de sitio al corazón de Julieta, contaba en primer lugar con las simpatías de Gabriela, y además con esa irresistible afición á lo desconocido que empuja á todas las mujeres románticas, hasta interesarse en sentimientos que ellas creen malaventurados y sinceros.

¡Y á él le importaría tan poco representar la comedia de alimentar uno de esos sentimientos!

¿Pero esto mismo sería una comedia?

Porque á fuer de la certidumbre que tenía, después de su visita, de interesar á la señora de Til-

lières, hallábase en otra incertidumbre que inmediatamente y durante la tarde que siguió á dicha visita le turbó hasta molestarle; y así fué que tuvo en la sala de los Mirlitons, tirando al sable con Werekiew, dos ó tres distracciones de las que se extrañaron los admiradores de su juego.

En la comida, una comida con dos camaradas del Círculo, en el café Inglés, estuvo silencioso, y luego triste en un espectáculo de acróbatas adonde aquéllos le condujeron.

A medida que se acercaba el momento de ir á casa de la señora de Candale, para hablarla de su amiga, entreveía obstáculos sobre obstáculos, entre esta amiga y él, y latía el corazón con violencia cuando entró en el hotel de la calle de Tilsitt, menos de cuarenta y ocho horas después de haber comido allí.

Esta especie de timidez en un hombre habituado, como él, á todos los triunfos, debía de agradar á Gabriela y predisponerla en su favor, y existía además en la señora de Candale otro sentimiento que Casal no ignoraba: una aversión singular á Enrique de Poyanne.

Gabriela (digámoslo en su elogio) quería á Julieta de Tillières con verdadero cariño; habíanse conocido las dos muy jóvenes en un baile en *chateau* de provincia, uno de esos bailes que son revistas auténticas de la ya escasa antigua aristocracia francesa, y Nançay y Candale, situados los dos

á orillas del Indre, comenzaron á acercarse desde aquel baile, no obstante las veinticinco leguas que les separaban.

La guerra de 1870, aislando á las dos jóvenes en sus respectivos *chateaux*, é hiriendo tan cruelmente á una de ellas, las acercó nuevamente más tarde, y Gabriela tomó á su amiga por leal confidente de la desgracia secreta de su vida.

Lloró con Julieta, como antes lloró Julieta con ella, y este dulce cambio de compasión forjó entre las dos, igualmente generosas y tiernas, una cadena inquebrantable, hecha con el metal más puro de la abnegación.

Y á pesar de esto, Gabriela, que adoraba á su amiga por modo tan completo, tan digno, tan desinteresado, detestaba el sentimiento de aquella amiga hacia Poyanne; sí, le detestaba porque nunca la había hablado de él con absoluta franqueza, abiertamente.

Ella se decía que Poyanne amaba á Julieta, y que ésta no era insensible á tal amor; pero si la condesa hubiese estado iniciada en la culpable aunque noble novela de los dos cómplices, no habría alimentado tanta antipatía por relaciones que ella estimaba puras y cuyo misterio la irritaba.

Pero bien pronto procuró justificarse á sí misma de aquella antipatía, escudriñando los defectos de Enrique Poyanne, y mirándolo con esos ojos malévolos que descubrirían la sensualidad en un Mar-